

# Esperanto

José Gordon

“En la komeno Dio Kreis la Cielon kaj la teron”. Al final de su primera lección, Martin Vadenberg enseñó a sus estudiantes cómo decir en esperanto el primer verso del Génesis: “En el principio Dios creó el cielo y la tierra”.

Vadenberg es un hombre viejo, muy delgado, que vive en un kibutz. Sufre de enfisema pulmonar. Cuando descansa en su habitación utiliza una máscara para respirar oxígeno de un pequeño tanque. De vez en vez se quita la máscara para fumar medio cigarrillo de manera intermitente.

Su ética de trabajo es impresionante. A pesar de su debilidad se levanta a las seis de la mañana y trabaja por lo menos durante tres o cuatro horas en el taller de reparación de zapatos. Piensa que el trabajo redime al ser humano. Dignamente trata de hacerlo aunque todos le dicen que ya no debe hacer esfuerzos.

Desde el recuerdo de un personaje parecido y desde la invención en la escritura, el novelista Amos Oz imagina a Vadenberg en uno de los relatos de su libro más reciente titulado *Entre amigos* (*Between Friends*, Vintage Digital, 2013).

Martin Vadenberg es un anarquista que piensa que llegará el día en que todos despertaremos para abolir el dinero, la causa de todos los males, que conduce a la guerra, al conflicto y la explotación. También piensa que debe impulsarse una lengua que rompa las barreras entre los individuos y los pueblos, que termine con la maldición de la Torre de Babel.

En la pared de su cuarto cuelga un cuadro del creador del esperanto: Lázaro Ludovico Zamenhof. A los diez años me aprendí de memoria este nombre, cuando en cuarto de primaria mi profesor Antonio Bargés,

republicano de origen catalán, con los cabellos ya blancos, nos hablaba emocionado del sueño del esperanto, de una lengua internacional (*Lingvo internacia*).

En su actitud resuena el mismo deseo que expresa el personaje de Amos Oz: “El ser humano es bueno y generoso por naturaleza. Son sólo las injusticias que se dan en la sociedad las que lo empujan en los brazos del egoísmo y la crueldad. Debemos nuevamente ser inocentes como niños”.

Martin Vadenberg dice que durante los días del Holocausto, él pudo ver de cerca a los nazis. No eran monstruos, eran simples hombres, un poco infantiles y ruidosos. Les gustaba hacer bromas, tocar el piano y alimentar a los gatitos. El problema era que les habían lavado el cerebro. Las ideas corruptas los habían arruinado. Hicieron cosas terribles pero ésa no era su esencia. Él soñaba con la bondad intrínseca, con el res-

peto y la comunicación con el otro. Escribe Oz: “Martin decía que las palabras precisas envenenan en todos lados las relaciones entre las personas y es por eso que las palabras claras y exactas pueden sanar esas relaciones, pero solamente si se trata de las palabras correctas expresadas en una lengua que toda la gente puede entender”. Ésa es la razón por la que Vadenberg enseñó esperanto en Rotterdam hasta que dejó Europa en 1949.

Después de varios años en el kibutz, ya enfermo al grado de casi no poder respirar, logra por fin dar un curso de esperanto a unas cuantas personas. Sólo da la primera clase porque su situación se agrava. Dice a las enfermeras que no se preocupen por él ya que la muerte es una gran anarquista. En una expresión parecida a la de José Guadalupe Posada señala: “La muerte no se asusta por el estatus, las posesiones o los títulos; todos somos iguales a sus ojos”.

Vadenberg muere. No hay ceremonia religiosa ya que había pedido que lo enterraran sin rezos. Se reúnen en el cementerio todos los miembros del kibutz, dos de ellos toman la palabra, elogian su congruencia intelectual, su devoción por el trabajo y la justicia. Un montón de tierra marca su última morada. Solamente queda una persona. Amos Oz describe un silencio sereno en donde se filtra el deseo de poder decir dos palabras en esperanto. No sabe decirlas. Sin embargo, flota en el aire lo que marcó toda una vida. Me da la impresión de que eso se conecta con el seudónimo de Lázaro Ludovico Zamenhof: Doktoro Esperanto, que puede traducirse como Doctor Esperanzado. Lo conozco y reconozco en la ficción, lo conocí y reconocí en mi maestro de cuarto de primaria. **U**



Lázaro Ludovico Zamenhof, 1908